

antes de mi partida, y le era fácil adivinar donde me habia dirigido; entré en una terrible agitacion; una agitacion creciente al pensar, apenas llegue Arturo y lea mi carta, mandará á sus satélites que me busquen por todas partes, y como son personas tan avisadas, me buscarán no puedo dudar, y me encontrarán; al hallarme, clavarán un puñal en mi corazon, y yo no podré defenderme.

Mi agitacion crecia considerablemente con estos pensamientos, cuando partió la diligencia.

¡Ah! hubiera yo entrado en ella Dios mio! murmuré interiormente. ¡Oh, sí; he obrado muy mal y si parto como lo deseaba para el puerto, puedo ser mas fácilmente sorprendida; pues mi esposo al momento se fijará en que esa es la ruta que sigo.

Nó; no debo dirigirme allá.... perderé mi pasaje, pero esto es preferible!

Mi equipaje no dejaba de estorbarme mucho, para cualquiera resolucion que tomase, porque mi baúl era grande, llamé á un cargador, puse dos letras á aquella tia de que os hablé, y en compañía del mozo salí, dando orden de conducir aquel bulto á su destino, diciéndole que al llegar le serian entregados dos pesos por su viaje, para que se interesara en llevarlo, y efectivamente esa orden daba á mi tia, al mismo tiempo

que le rogaba tuviese á bien guardar ese cofre hasta que yo se lo pidiese, encargándole que nunca supiese Arturo que se hallaba en su poder.

Hecho esto, tomé otro carruaje, y me dirigí á un barrio, y luego dí orden para que se me llevase á un pueblo vecino, donde solo vivian indios, en efecto, poco despues veia realizado mi deseo.

Entónces comencé á caminar por aquel lugar con Julia en los brazos, despues pensé que me seria preciso disfrazarme; pues la prudencia nunca está por demás; pero habia para esto un gran dificultad ¿dónde compraria yo la ropa?

Nunca falta en un pueblo una tienda, pero en ese no la habia; tomé entónces otra resolucion, entré á una chocita de indios, donde se encontraba el grupo mas interesante.

Cerca de un petate se hallaba un anciano venerable con su esposa y sus hijas. estas eran tres jóvenes, de las cuales una parecia casada, por que á su lado se hallaba un indio jóven, y tenia en sus brazos una niña como de la edad de Julia.

Cuando entré me quedaron todos viendo fijamente: traté yo entónces de calmar su curiosidad, y les dije: Hijas mias, vengo á pedir os posada por un momento, porque me encuentro muy cansada.

Si, señorita; entre vd. me contestó el buen an-

ciano levantándose, y presentándome un taburete para que yo me sentase.

Luego me convidaron á comer, y acepté, porque no sabia hasta qué hora podria hacerlo.

Cuando hubimos concluido les dije: tengo que haceros una propuesta.

Habla, habla, me dijo el anciano, te oimos todos.

Bien: pues lo que quiero es que se me busque en todo el pueblo un traje completo de las criollas del país, ¿me comprendes?

Sí señora.

Y ¿podreis hacerlo?

Por qué no; serás servida.

Gracias, lo desearia lo mas pronto posible.

El buen anciano, obsequiando mi deseo, envió á sus tres hijas en busca del traje, mientras que él y su esposa procuraban prestarme todas las comodidades posibles; Julia entretanto me veia mas tranquila, porque la arrullaba, y en mis brazos procuraba dormirla; sin embargo, de cuando en cuando la niña fijaba los ojos á su alrededor, y sorprendida me decia: ¿dónde estamos mamá ¡vámonos á casa!

Yo entonces imprimí un beso en sus labios, y secaba las lágrimas que el dolor me habia arrancado.

Cuando Julia se durmió, doblé mi tápalo, y en un ángulo de la pieza acoste á la niña, no pude impedirme de llorar, al contemplar á mi hija tirada en el suelo, y privada de su rica cuna por la crueldad de su padre!....

Al verme cubierta de lágrimas, los ancianos esposos se dirijieron hácia mí diciéndome.

¿Por qué lloras? eres acaso desgraciada?

¡Sufro mucho! contesté riendo con cariño á aquellas pobres gentes tan sencillas y candorosas, que tanto se contristaban al ver mi llanto y mi dolor.

Ved, les dije enjugando mi llanto, y señalandoles un gran patio interior: yo necesito allí en ese sitio otra choza igual á la vuestra, porque voy á vivir algun tiempo á vuestro lado! pero es necesario que nadie sepa que yo vivo en este pueblo ¿entiendes? que nadie lo sepa; porque tratan de matar á mi hija, y yo quiero salvarla! al hablar así redoblé mi llanto.

¿Matar á esa niña? ¡pobrecita! y por qué? exclamó el indio; pero no llores añadió, nosotros la defenderemos y nadie podrá matarla! en cuanto á tí, vivirás con nosotros, y nadie sabrá tampoco que estas en este pueblo; mi comida será la tuya, y mis hijos y yo te serviremos.

Oh, cuán buenos sois! exclamé al escuchar las palabras del anciano, y las dulces lágrimas de la

gratitud remplazaron un instante las amargas que me habia arrancado el dolor!...

En aquel momento llegaron las muchachas con el traje; me retiré á la choza vecina, que sin duda era la habitacion de los felices esposos, y allí me cambié y pronto me hallé vestida como las mujeres del bajo pueblo.

Al verme en aquella choza y con ese traje, se vinieron vivos á mi mente los recuerdos del pasado.

¡Oh, padres míos! exclamé entónces, ¡cuán cara me ha costado mi desobediencia!... ¡Cuán desgraciada es vuestra hija, por haber despreciado vuestros consejos!... y al hablar así lloré libremente, hasta que la llegada del anciano vino á interrumpir mis tristes reflexiones.

Esta es tu casa, me dijo; aquí puedes vivir tranquila; ninguno vendrá á estorbarte.

Yo dí de nuevo las gracias á aquel protector que Dios me enviaba, y cuando hubo partido dirigí una mirada á mi nueva habitacion; parecia esta una choza nueva, por el color de la paja; forrada de carrizos y cubierta con petates se hallaba una cama que podria contener á dos personas; pendiente del techo una cuna, que podria contener tambien dos criaturas, formada de mecates y tablas; mas léjos un bracerito, un me-

tate y multitud de verduras colocadas en el suelo: yo ví todo aquello y suspiré... pero cayendo despues de rodillas, dí gracias á la Providencia, que me tendia una mano protectora en medio de mi desgracia!

En seguida tomé el traje que acababa de quitarme, y formé con él una colcha para Julia; con mi ropa hice lo mejor que me fué posible el lecho de la niña.

Despues recorrí con la vista los pocos trastes que habia, y pude encontrar útiles dos platos y dos tasas de loza ordinaria: estos se hallaban en una tablita sostenida por medio de mecates y muy aseada. Me senté en medio de la pieza, y comencé á contemplar cuanto me rodeaba; era este un sitio grande, en el que se encontraban algunas siembras y muchas gallinas, todo, todo sin mas órden que el capricho de la naturaleza, lo que le daba el aspecto tan marcado de los pueblos de indios; y sin embargo, yo no sé por que me parecia que en aquel lugar se respiraba cierta tranquilidad envidiable.

Ya eran las seis de la tarde cuando observé, que muchos hombres del pueblo con sus azadones en el hombro, se encaminaban, despues del trabajo del día, al descanso tan sabiamente dispuesto por la Providencia.

Entonces ví entre estos hombres dos jóvenes robustos, que desprendiéndose de los demás se entraron en el sitio que yo contemplaba, y en el cual se hallaba aun trabajando el buen anciano que con tanta caridad me había recibido.

Se dirijieron hacia él, besáronle la mano, le entregaron unas monedas de plata, y el anciano los bendijo.

Aquellos dos hombres eran sus hijos! Al ver aquella señal de respeto en aquellas gentes sencillas, bien de manifiesto se ponía el cariño y la union que había en esos sagrados lazos de la familia!

Esto me hizo experimentar no sé qué.....no me fué posible ¡ay! contenerme, y la imagen de mis padres queridos...sus caricias, mi dulce infancia.....mi juventud.....todo se presentó en aquel momento en mi imaginacion, y comencé á derramar las lágrimas mas amargas y crueles!.....

¡Dias felices, huisteis para no volver mas, y me dejasteis sumergida en la mas cruel agonía!

En los momentos en que con mas fuerza redoblaba en mí el llanto, el buen anciano penetró en mi choza con sus dos hijos.

Al ver mis lágrimas corrió á mi lado, y con un acento lleno de ternura me dijo.

¿Por qué lloras? ¿Qué quieres? ¿qué te hace falta? no tengas miedo de que aquí entre nadie á coger á tu hija, antes nos matarian á mis hijos y á mí, porque te defenderíamos con todas nuestras fuerzas; además, el pueblo entero se uniría, si lo quisiéramos, á nosotros, y ya ves que entónces no somos tan pocos: ¿no es verdad? añadió dirijiéndose á sus dos hijos.

Si señora, si señora, contestaron á una voz ambos jóvenes.

Aquellos sentimientos tan nobles y bellos, aquella generosidad tan verdadera, duplicó mis lágrimas, porque me enternecieron; sin embargo yo veía que mi llanto los afijia, y procuraba calmarlo.

Voy á traer á mis hijas y á mi mujer para que te diviertan, me dijo entonces el anciano, saliendo en seguida de la choza con sus dos hijos.

Mientras, procuré reponerme, y haciendo un gran esfuerzo pude lograrlo.

Cuando entraron ya había enjugado mis lágrimas, aunque mis ojos se encontraban todavía húmedos por ellas, tenía en mis brazos á Julia: sentáronse á mi alrededor todos, y entonces pude observar con mas calma el grupo de aquella familia, la cual se componía de dos ancianos esposos; dos hombres y dos mujeres; una de ellas

casada, que dije tenía en sus brazos á su primer hijo.

Quando todos estuvieron sentados cerca de mí, el buen anciano tomó la palabra, y se puso á referirme algunas historias de sus antepasados, que no dejaron de distraerme algun tanto.

Lo escuchábamos con mucha atencion; pero Julia rompía el silencio, manifestando con su inquietud que tenía ya sueño; entonces se deshizo aquel grupo de familia, la indita casada me pidió á Julia para darle de mamar y dormirla; no pude pensar, ni ménos consentir ni un momento, que esto se efectuase, sino que expresándole mi gratitud, le manifesté que mi hija nunca se podía dormir sino en mis brazos, y comencé á pasearla procurando en efecto dormirla: pronto lo conseguí, porque Julia tenía sueño; y entonces la coloqué en la cuna que habia compuesto.

Apénas acababa de verificarlo, cuando me llamaron á comer, y aceptando la invitacion y concurriendo al lugar en que estaban todos, me senté á su lado en el petate, y comencé á cenar en compañía de aquella gente tan buena y tan sencilla.

No podré decir que quedé muy satisfecha; pues la cena se componia tan solo, de frijoles, chile y tortillas: nada de eso tenía yo costum-

bre de tomar; y sin embargo tuve que hacerlo entonces; mas no pude evitarme este pensamiento: «estoy siendo gravosa á esta pobre gente, y como no tienen, no pueden darme de comer mas lo que ellos acostumbran.»

Esto puede dañarme y enfermar á Julia; me parece por lo tanto prudente poner en sus manos algun dinero, para que podamos comer mejor, les diré que tomemos gallinas, huevos, papas, y entonces podré con confianza vivir á su lado: hice lo así en efecto; trabajo y no poco me costó que aceptasen el dinero que yo les ofrecia, ellos tenían placer en socorrerme, y no querian mas recompensa que la satisfaccion que experimentaban.

Convencida sin embargo por mis ruegos aquella virtuosa familia, accedió á mis súplicas, y yo entonces viví mas tranquila y mas contenta.

Tres meses pasé en compañía de aquella buena gente, llevando una vida llena de sobresaltos é inquietudes: á cada instante me parecía ver á los satélites de mi esposo que venian á arrancarme la vida, y este pensamiento me llenaba de terror y de amargura. Julia vivia contenta, jugaba con la indita de su misma edad, y en las tardes se salian ambas á correr al sitio, mientras yo sentada en la puerta de mi choza, y á veces rodeada

de las dos jóvenes, que la anciana las contemplaba, entreteniéndome en coser ú ocupándome de alguna otra labor de mano: así pasaba el día llena de monotonía y de fastidio; ayudaba yo en algunas cosas á las buenas indias, que me querian como á una hermana, y no podia dejar de gozar al verlas tan venturosas y contentas.

Cuando me veia yo circundada de toda aquella familia, para mí tan bondadosa, las lágrimas brotaban de mis ojos, y pedia yo al cielo derramara sobre ella el torrente de sus dones; y además me esforzaba por tomar parte en su alegría para no cortarla siempre con mi continua melancolía; sin embargo, ¡cuánto daño me hacia su felicidad! Cuando contemplaba á Julia tan contenta y avenida con su nueva posicion, no podia ménos de llorar interiormente: ¡pobre niña! ella no comprendia cuán amargas eran las lágrimas que ocultaba su pobre madre en el fondo de su corazón!

Así trascurrieron tres meses, sin que nada turbase la paz y la tranquila felicidad de aquella familia.

Mi permanencia en su seno habia sido un misterio hasta entonces en todo el pueblo; y habiase conservado el secreto.

Durante este tiempo no habia yo tenido una

sola noticia de la ciudad, é ignoraba los pasos que habria dado mi esposo.

Ni Julia ni yo saliamos jamás de aquel sitio, donde sin ser vistas, respirabamos el aire libre; yo siempre me hallaba temerosa de que si nos descubrian, podiamos excitar cierta curiosidad, que daria lugar á sospechas que podian causar nuestra ruina. Mi tenor sin embargo se iba calmando, al ver que se habian pasado ya tres meses, sin que una sola persona hubiese aparecido á buscarlos; algo mas tranquila supuse que mi esposo me haria ya en Europa, y este pensamiento calmaba mi afliccion.

Una tarde pues, en que mas tranquila me encontraba rodeada de mis buenas protectoras, y viendo á Julia que jugaba muy contenta con su compañera, ví entrar bruscamente á una hora inucitada á uno de los robustos jóvenes de la familia: traia su azadon al hombro y por su frente rodaba el sudor: parecia muy agitado, y se conocia que habia venido corriendo.

Al verlo sentí en mi corazón un golpe extraño; abandoné mi puesto y dirijiéndome hácia él,

—Qué ha sucedido? le pregunté con la voz ahogada por la emocion.

—El entonces me tomó por la mano, y acercándose á mi oido me dijo:

Habeis sido descubierta: alguien os habrá visto, y hoy tres hombres os buscan con afán por todo el pueblo! ¿dónde está Julia? es preciso salvarla! y al hablar así se alejó de mí, y tomó á mi hija en sus robustos brazos.

Las palabras de aquel hombre.....la brusca y terrible noticia que acababa de darme.....me dejaron sin fuerzas y sin vida; inmóvil como una estatua, pero p lida, trémula y moribunda, permanecí en aquel sitio sin acertar á huir ú ocultarme.

¿Cuánto tiempo estuve así? no lo sé.....¿qué pasó a mi alrededor? lo ignoro; repentinamente sentí que me jalaban bruscamente y á este movimiento volví de mi letargo, y pude ver al buen anciano que se hallaba á mi lado: busqué á Julia pero habia desaparecido!

¿Mi hija? ¿Dónde está mi hija? pregunté agitada.

El anciano me tomó por la mano, ella está en salvo me dijo, nada temas; en cuanto á tí sígueme, es preciso que no te vean; es necesario que te reunas con Julia.

Al hablar así comensó á caminar violentamente, y yo le seguia murmurando.

¡Oh, sí, conducidme pronto al lado de mi hija.....no me separeis de ella!.....

El buen anciano me pidió andase, y ambos caminamos en silencio: pronto perdimos de vista las chozas y aun el pueblo, perdiéndonos en la espesura de un bosque.

Caminamos; mas de una hora, yo sentia que las fuerzas me abandonaban; mas á la idea de que los satélites de Arturo venian en mi persecucion, redablaba el paso y caminaba sin descanso; el sendero que seguíamos era espeso y escabroso, mis piés se hallaban ensangrentados, y desfallecida, me iba á sentar un instante al ménos en una piedra, cuando la voz del anciano me detuvo.

Hemos llegado me dijo con acento solemne: voy á conducirte donde mis antepasados guardaban sus tesoros; yo habia jurado no introducir á nadie que no fuera de mi sangre en ese santuario; pero se trata de tu vida, y por salvarla quebranto mi juramento: precuérdalo siempre!.....y júrame á tu vez, no traicionarme intentando volver á este lugar.

Juré al anciano lo que pedia, y haciendo entonces éste girar una gruesa piedra oculta entre el follaje, descubrí la entrada de una cueva donde fuí introducida por él.

Despues de un oscuro pasadiso, entramos en una pieza amplia, que recibia la luz por clara-

bollas: allí encontré á Julia, que al verme se precipitó en mis brazos.

Despues de colmarla de caricias, me postré á los piés de aquel anciano; ¡Os debo mi vida y la de Julia! le dije bañada en lágrimas. ¡Bendito seais.....jamás podré olvidarlo!

Nada me debes, repuso levantándome, aquí puedes vivir tranquila, y segura de que nadie descubrirá tu secreto, yo te traeré diariamente tus alimentos, no temas nada! reposa al fin, sin temor y sin sozobra! Ahora te dejo, porque mi ausencia produciria fuertes sospechas: pronto vuelvo, y traeré una de mis hijas para que te acompañe.

Besé yo entonces la mano protectora de aquel hombre, que el cielo habia colocado en mí camino para que me sirviera de padre, y me salvase la vida; en seguida le ví partir, y quedé sola en mi nueva habitacion.

Julia estaba allí; y sus miradas inquietas parecian preguntarme: ¿qué sucedia? Por una hija se hacen todos los sacrificios imaginables; traté pues de mostrarme tranquila cerca de ella, y lo logré: luego la tomé de la mano y comencé á recorrer el sitio en que nos encontrabamos: era este una pieza amplia, en la que no habia un solo mueble; solo noté que en todas direcciones tenia es-

trechas entradas cubiertas todas por grandes piedras.

¡Dios mio! ¿Qué será de mí? me preguntaba mientras detenidamente lo examinaba todo.

¿Será posible que haya yo sido descubierta, despues de haber tenido tal cuidado en no dejarme ver de nadie, despues de haber permanecido tres meses en salvo?... ¡Oh Providencia del Creador! ten clemencia de nosotras, ampáranos! porque si Arturo nos descubriese, no hay duda que seriamos perdidas; y no solo nosotras sino tambien estas pobres gentes, que con tanta caridad nos han socorrido.

Estos fueron los pensamientos que me aterraban y ocuparon durante todo el resto del dia.

Ansiaba porque llegara el momento en que alguno de mis buenos amigos viniese, para poderme informar minuciosamente de lo que habia sucedido, pero nadie venia, á pesar de que ya la tarde declinaba, y el sol tiempo hacia que se habia ocultado en el horizonte.

Por fin, oí un ruido misterioso por la entrada, y no obstante de la seguridad que tenia de que por ella no se podia presentar mas que alguno de los buenos indios, no sé porque un temblor de inquietud agitó mis miembros.

Julia estaba durmiendo en mis brazos, y yo me